

Aventuras con el candor (1989)

El lado costeño de la vida

Daniel Chávez García-Naranjo

«¿Alguien habrá escrito alguna vez usando nada más que diálogos?». Con esta pregunta me dirigía a la biblioteca para sacar un libro de un autor que no había leído hasta entonces: Antonio Gálvez Ronceros, un escritor que nació en Chincha Alta, el año 1932. Su narrativa se enfoca principalmente en los temas relativos a la provincia costeña del sur de Lima, capturando en sus obras la manera de hablar de los pobladores, las costumbres y creencias. *Aventuras con el candor* es un libro que nos presenta una selección de sus artículos publicados en *La República* y *El Diario*, que tiene como principales ubicaciones Chincha, Lima y Cuba. En cuanto a la pregunta que me hacía, quedó respondida apenas empecé a leer el primer texto de este libro: «La academia sin frijol».

Gálvez Ronceros nos presenta dos personajes dialogando sobre la palabra frijol. La gran destreza de esta conversación nos permite atribuir características (y hasta personalidad) a ambos interlocutores sin siquiera leer una sola acotación. Nunca había leído algo similar en mi vida. En este texto, uno de los personajes, con mayor nivel de conocimientos respecto a la lengua española, explicaba a su amigo (aparentemente un hombre sin muchas luces sobre el tema) cómo en diferentes países de habla hispana se usan distintas palabras para referirse a un frijol. Interesantísimo y divertido diálogo que nos permite conocer estas variantes de una manera entretenida.

Al pasar las páginas, vamos acompañando al narrador en un recorrido por Chincha y Lima, visitando calles con particularidades que cualquier lector que haya estado en la costa

peruana podría reconocer. El libro también contiene fotografías en blanco y negro de calles y casas, que ayudan a construir la imagen de los lugares que conoceremos a través de su prosa. Las locaciones pueden variar, desde áreas urbanas hasta campesinas, pero siempre nos encontraremos con divertidas anécdotas, interesantes actitudes y absurdas creencias con dosis de humor perfectamente calculadas. Por ejemplo, cuando se refiere a la desaparición de un cadáver en pleno funeral, hecho atribuido a un pacto con el diablo que supuestamente el difunto había realizado en vida, escribe:

[...] las condiciones del pacto son consabidas dentro del esquema con que suele concebirse al diablo: a cambio del alma del protagonista —la cual estará a disposición del diablo cuando muera su dueño— el diablo debe entregar riquezas. Que el diablo cargue también con el cuerpo es un hecho singular, por lo demás no muy claro puesto que no se sabe si obedece a una de las cláusulas del pacto o es iniciativa del diablo.

El plato fuerte de este libro, a mi parecer, son estas creencias y anécdotas y los personajes involucrados en ellas. Personalmente, fue el artículo relacionado con lo que él denomina «antilibro», uno de los que se me hizo más familiar y divertido. El ejemplo más actual y preciso de «antilibro» tal vez sea el muy conocido *Manual del pendejo*, por encima de otros que también acumulan bastantes características para pertenecer a esa categoría. Después, nos encontramos con personajes políticos que son acusados por el pueblo de ser grandes empinadores de codo únicamen-

te por tener una voz que parecía aguardentosa, pues nunca se los había visto tomar; calles en las que se rumora deambula el diablo por las noches adoptando formas de lo más bizarras; brujas que hacen de las suyas saltando por los techos de las casas en forma de pavo y ladrones de gallinas que, desnudos, supuestamente logran intimidar hasta al más fiero de los perros guardianes.

Gálvez Ronceros me dio en la yema del gusto al escribir acerca de los nombres tan particulares con que las personas bautizan ya sea a sus hijos o a sus productos. Quien haya alguna vez soltado más de una carcajada al escuchar el nombre James Bond o, sin ir muy lejos, Onedollar, seguramente disfrutará mucho el artículo dedicado a este tema y sus variados ejemplos, como también el referente a los licores de dudosa calidad, cuyas viñas llevan nombres de santos, como queriendo transformar el tóxico líquido que ofrecen en vino de calidad por un milagro divino. El más resaltante para mí, sin embargo, fue el restaurante «El Choque», nombrado de esta manera por la cantidad de accidentes automovilísticos que ocurrían precisamente en la esquina donde estaba ubicado.

La oralidad con la que Antonio Gálvez Ronceros nos presenta sus textos es impecable y está presente en todos sus artículos, capturando perfectamente de esa manera las creencias populares y costumbres propias de los pueblos que se transmiten, por supuesto, de manera oral. Otro aspecto que destaca es el gran manejo del humor que tiene, repartido



de manera que no se lo toma ni a la ligera, ni de manera aburrida. Sumamente inteligente, ingenioso y a veces sarcástico, me ha sacado más de una sonrisa en plena lectura, quizás ante las miradas curiosas de otros pasajeros del bus, o de los peatones que pasaban por el parque donde suelo sentarme a leer. Recomiendo este libro a cualquiera que tenga ganas de leer algo distinto, de descubrir creencias y tradiciones de manera entretenida e interesante. Sin embargo, debo advertir que finalizar la lectura puede tener efectos secundarios: unas ganas incontrolables de comer cebiche, empinar el codo y escuchar boleros en un restaurante de nombre peculiar ubicado en una esquina muy accidentada.